

## Crítica de libros

DOMINGO MORATALLA, Agustín: *Democracia y caridad. Horizontes éticos para la donación y la responsabilidad*. Sal Terrae, Santander, 2014. 213 pp.

El planteamiento central de este libro de Agustín Domingo Moratalla viene expresado en estas palabras del inicio: «Desde un punto de vista teórico y académico, cada vez es más habitual pensar la democracia desde la teoría de la justicia, dejando a un lado las teorías de la verdad como si la pregunta por “lo justo” pudiera responderse dando la espalda a la pregunta por otros ámbitos de la vida como “lo bueno”, “lo verdadero” o “lo bello”» (p. 13). Es un texto que enmarca bien el contenido del libro y la invitación en él a reflexionar sobre la responsabilidad hacia los demás no tanto desde lo legal o lo «estrictamente justo» como desde la perspectiva del don.

Comienza el autor con una introducción muy ilustrativa en la que recorre la realidad, en materia de filosofía política y cuestiones de ciudadanía, que se ha vivido en España en los últimos treinta años; en ella constata que los máximos morales de las propuestas religiosas, y notablemente las de la Iglesia católica, han sido –y siguen siendo– verdaderas fuentes nutricias para la reconstrucción de los mínimos morales en la sociedad actual. En este contexto, recupera las nociones de alianza y contrato, introducidas principalmente por Adela Cortina, y se interroga por lo que se puede exigir a los demás en justicia, pero también por todo aquello que, a pesar de ser de un orden bien distinto, no deja de ser igualmente necesario para la edificación de la persona: dimensiones eminentemente humanas como la ternura, el consuelo, el sentido o la esperanza. Es así como Agustín Domingo llega al planteamiento central del libro: la reflexión sobre la democracia y la caridad; y la propone al lector en una perspectiva que casa lo cordial y lo intelectual, invitándole a contemplar la gratuidad y el don desde la exigencia moral de la responsabilidad.

Al entrar en el tema de la caridad, el autor se fija en el rostro que de ella presenta Benedicto XVI en sus encíclicas *Deus caritas est* y *Caritas in veritate*, invitando a una recuperación del amor como *caritas* desde la entraña de su significado y teniendo en cuenta su alcance universal, que sirve tanto para cristianos como para no cristianos. En *Caritas in veritate*, cuyo mensaje está muy presente en el libro que presentamos, Benedicto XVI trabaja la noción de don. Desde ella, siguiendo la invitación del papa emérito y considerando las aportaciones que en este mismo

sentido han hecho y hacen la fenomenología y el personalismo comunitario, el autor lanza a los lectores, y muy especialmente a los lectores cristianos, una llamada para que se hagan cargo de este mensaje de una forma nueva; propone así una evangelización que tenga por principal fundamento la caridad-en-la-verdad. La invitación a tomar como punto de partida la meditación de la parábola del buen samaritano es un buen ejercicio de inicio —y de fondo— porque introduce en la realidad de la *condición samaritana* de la vida moral. En este punto, Agustín Domingo se fija en la obra de Jean-Daniel Causse, quien, desde el pensamiento de Paul Ricoeur, viene a mostrar «la tensión dialéctica entre equivalencia (Regla de Oro) y sobreabundancia (donación)» (p. 26).

Partiendo de estas reflexiones iniciales, *Democracia y caridad* se articula en seis capítulos que recorren los siguientes temas, siempre desde el horizonte del personalismo comunitario y de la tradición hermenéutica: la realidad de nuestro mundo globalizado, vista desde los desafíos antropológicos y culturales que presenta; el paso fundamental de la cuestión social a la cuestión moral, centrada esta última en el hombre —la persona—, y desde la consideración las categorías de naturaleza y gracia, con reflexiones importantes sobre la política y una llamada a transformarla desde la coherencia; el decálogo político del papa Francisco —que ofrece claves claras y valientes para una política con fuertes raíces éticas—; la operatividad del don —donde el autor reflexiona acerca del papel y la misión del voluntariado—; la presencia del don en la ética empresarial; y, por último, una mirada a la compleja realidad de la familia en el mundo de hoy, orientada desde los desafíos que presenta la nueva evangelización.

A lo largo de estos capítulos se tratan temas esenciales como el discurso del fin del hombre y sus diversos enfoques, al que tienden también algunas líneas de la más artificial ideología de género y otros planteamientos socioculturales. O las preguntas y cautelas que ante el llamado fin del hombre proponen teóricos como Fukuyama o Habermas al prever las posibilidades que pueden acarrear orientaciones como la Biopolítica, por su proyección en acciones eugenésicas, muy en la línea de los llamados posthumanismos... Todos estos temas se erigen en cuestiones principales de la reflexión bioética, cada vez más urgente, y para las que esta obra de Agustín Domingo propone una mirada hondamente humana —la mirada de la caridad— que invita a adoptar con actitud interior y transformadora la razón cordial y los hábitos del corazón, ese «conjunto de prácticas de relevancia social, pública y comunitaria, que generan, mantienen o estimulan valores, bienes públicos y un capital que denominamos “capital social”» (p. 70).

*Democracia y caridad* incluye la cuestión de la rehabilitación del concepto de ley natural, diferenciando las distintas líneas desde las que

se plantea. En este sentido, el autor destaca la importancia de tres textos principales de Joseph Ratzinger: *Dialéctica de la secularización* (donde dialoga con el filósofo Jürgen Habermas), el discurso en Ratisbona, ya como Benedicto XVI, en septiembre de 2006, y el discurso ante el Parlamento alemán en septiembre de 2011, donde trató el tema de los derechos humanos y el derecho natural; además de *Caritas in veritate*, donde hay una llamada permanente a presentar la cuestión antropológica como cuestión moral, por encima de lo social, que es, en el fondo, lo que viene a proponer Agustín Domingo Moratalla en este libro. La reflexión personalista y comunitaria es la que da la luz de fondo a esta obra, y, junto a ella, un horizonte normativo presidido por una auténtica «transformación hermenéutica del pensamiento» –con expresión del profesor Jesús Conill (p.83)–, que es precisamente el cambio radical que le hace falta a la ética política, desde la visión más amplia de una metafísica renovada que mantenga la tensión entre naturaleza y persona, pues la persona no puede ser reducida a naturaleza. Y todo esto, a ejemplo de lo que tanto en la política como en el pensamiento llevaron a cabo Mounier o Maritain, y muy en la línea de los principales textos de la Doctrina Social de la Iglesia. No es de extrañar, así, que este libro esté dedicado a Carlos Díaz, como consta en la página 31, aunque tal dedicatoria no figure en el espacio reservado habitualmente para ello.

En *Democracia y caridad* hallará el lector un libro profundo y urgente, que insta en todas sus páginas a la humanización de las relaciones humanas partiendo, en definitiva, del cultivo de los hábitos del corazón.

Carmen Herrando

MOSTERÍN, Jesús: *Ciencia, filosofía y racionalidad*. Gedisa, Barcelona, 2013. 358 pp.

Jesús Mosterín (Bilbao, 1941) es sobradamente conocido por quienes cultivan esta «ontología regional» de la filosofía de la ciencia, ya que se trata de uno de los filósofos españoles con mayor prestigio internacional. Entre sus obras podríamos destacar: *Conceptos y teorías en la ciencia* (2000), *La naturaleza humana* (2006), *Los lógicos* (2007), el *Diccionario de Lógica y Filosofía de la Ciencia* (2010), escrito con Roberto Torretti, *El reino de los animales* (2013) y la gran obra *Historia del Pensamiento* (2006-2012).

La obra lleva por título *Ciencia, filosofía y racionalidad* y propugna una filosofía «a la altura de nuestro tiempo», una «filosofía rigurosa, ambiciosa y plenamente integrada en la actividad intelectual de la época que nos ha tocado vivir, es decir, una filosofía que asimile y someta a crítica

epistemológica y análisis conceptual los resultados de la investigación científica» (p. 9). La apuesta de Mosterín se orienta a sostener la existencia autónoma de estos dos ámbitos epistemológicos diferentes (filosofía y ciencia), cosa que no siempre consigue, ya que algunas veces nos topamos con un crecido monismo epistemológico. Con todo, se agradece su esfuerzo sobre estas «dos formas vecinas de conocimiento», como señala Jorge Wagensberg en la reseña de la obra de Mosterín (*El País*, 14 de diciembre de 2014), que son «resbaladizas» y por ello agradece a Mosterín «su vocación para cabalgar esta frontera a horcajadas con una pierna a cada lado. La filosofía tira de la ciencia con preguntas y con reflexiones críticas sobre sus métodos e interpretaciones. La filosofía pregunta con sus porqués y la ciencia responde con sus cómo».

En el capítulo primero reflexiona el autor sobre las ciencias y las humanidades, previniendo de ciertos humanismos estrechos que se oponen a la ciencia y afirmando algo que me parece cierto y que, por más que estemos convencidos, no aparece con suficiente fuerza en la historia de las ideas: «que ciencia y filosofía forman un continuo» (p. 22), e insistiendo, además, en que «no hay ninguna oposición ni separación tajante entre ciencia y filosofía» (p. 24).

El segundo capítulo es básicamente una pequeña historia de la filosofía analítica. Reconoce Mosterín que esta filosofía, que señala en síntesis «que los problemas filosóficos son problemas lingüísticos, es decir, problemas debidos a nuestra ignorancia de las complejidades del lenguaje en que los planteamos o a los defectos de dicho lenguaje» (p. 33), tiene un glorioso pasado y que vivió muy vinculada a la ciencia, especialmente en su versión neopositivista (cf. p. 35), pero que poco a poco se ha ido transformando en un ámbito sin tesis y en un estilo o normas de urbanidad intelectual (cf. p. 34) por lo que ha degenerado en una especie de «escolástica» (p. 36).

En los capítulos tercero y cuarto aborda la cuestión de la naturaleza humana. El autor parte de que existe dicha naturaleza humana plasmada en el genoma. En este sentido el «humán» (término que utiliza para designar al ser humano –hombre o mujer–) no es una excepción, sino un ser que está sometido a las mismas leyes físicas que el resto del Universo. Nuestro genoma refleja nuestra filogenia (cf. p. 46) y los estratos de nuestra naturaleza se corresponden con los hitos de dicha evolución. En el cuarto va a estudiar estos factores culturales y convenciones que también contribuyen a dar plasticidad al «humán», en colaboración e interdependencia con los factores biológicos.

En los capítulos quinto y sexto nos clarifica el significado, para él, de la racionalidad, que define como «estrategia de optimización en la consecución de nuestros objetivos» (p. 80) y nos ofrece diversas teorías sobre la racionalidad, señalando sus rasgos básicos: la consistencia, la objetivi-

dad, provisionalidad, su carácter progresivo y la pluralidad y universalidad. En el capítulo seis establece una demarcación entre los rasgos culturales denominados por él «imponderables», que reflejan convenciones sociales y usos grupales, y los «ponderables», meros instrumentos para realizar una función bien definida, donde entraría la ciencia.

El capítulo séptimo está dedicado a los límites del conocimiento. Según el autor de *Ciencia, filosofía y racionalidad*, hay cosas que no podemos hacer por falta de fuerzas (económicas, de inteligencia o tecnológicas), pero hay límites que son imposibles, irrebables, los cuales, aunque nuestras fuerzas fueran mayores, no se podrían sobrepasar. En este sentido, las leyes de la termodinámica establecen la imposibilidad de ciertas eficiencias deseables (cf. p. 114), la teoría de la relatividad pone límite a la velocidad (cf. p. 115), hay límites a la posibilidad de la medición (W. Heisenberg, cf. p. 117), imposibilidad de una teoría aritmética perfecta (Teorema de Gödel, cf. p. 118), límites al perfeccionamiento de la democracia (Teorema de Arrow, cf. p. 121). Esto no significa que la ciencia esté encarando su final, sino más bien, como han llegado a pensar algunos, que la ciencia está en mantillas (John Maddox) o en su prehistoria (Ilya Prigogine).

El capítulo octavo nos habla de un instrumento importante para la ciencia actual, la modelización. Si la ciencia antigua buscaba una comprensión cualitativa y directa de los fenómenos, la ciencia actual, ante la realidad de los límites y lo inabarcable de ciertos aspectos, ha aprendido a abordar la realidad mediante la construcción de modelos teóricos (matemáticos).

El siguiente capítulo es muy breve y su finalidad no es otra que la de introducir el problema de la demarcación. Desde los orígenes de la filosofía se ha intentado separar la *episteme* (conocimiento) de la *doxa* (opinión). La ciencia actual (desde el siglo XX hasta el momento presente) sigue planteándose esta cuestión, es decir, la búsqueda de un criterio que sirva para separar la ciencia fiable de la mera especulación.

El capítulo décimo está dedicado al tema de la consistencia en la ciencia empírica. Una ciencia consistente es aquella que se construye con enunciados consistentes, es decir con proposiciones que no implican contradicción alguna.

Para todo filósofo de la ciencia de corte empirista, un capítulo necesario es el que nos habla de «observación y detección» (capítulo 11). Por un lado, observar es un verbo que tiene dos acepciones en las lenguas occidentales: 1) cumplir, atender, observar una costumbre o prohibición; y 2) mirar, prestar atención, observar con detenimiento. Por otro, la «detección». Detectar significa etimológicamente quitar el tejado que cubre algo, descubrirlo. En este sentido, «en cada tipo de observación, ciertas señales (generalmente en forma de radiación) son detectadas o recibidas por el receptor o detector» (p. 157).

Posteriormente, el autor se detiene en el mundo de la nanotecnología (capítulo 12) y su confluencia con la biología molecular y la ingeniería genética, de la que se esperan numerosas aplicaciones para un futuro cercano, no sin ciertos miedos, problemas y dilemas éticos para los que carecemos de intuiciones morales.

En el capítulo trece aborda el «principio antrópico» con mucho detenimiento. Sin duda merece la pena leer y captar cuanto en él nos describe. Efectivamente, le atribuye poco fundamento, pues lo define como «presunto principio que trata de explicar las propiedades y parámetros de la física y la cosmología en función de la existencia humana» (p. 185). Para algunos autores, en su versión débil «el principio antrópico es una tautología estéril, que no nos permite explicar nada ni predecir cosa alguna que no conociéramos ya de antemano. En su versión fuerte, el principio antrópico es una especulación gratuita, sostenida por la previa fe religiosa» (p. 218).

El decimocuarto capítulo es una cuestión sencilla de filosofía de la ciencia. Con frecuencia nos planteamos el hecho de que la comunidad científica es un colectivo variopinto, diversificado, donde no solo caben profesionales (dedica mucho tiempo en su disertación a los premios Nobel) sino también lo que él llama «científicos aficionados», que a lo largo de la historia también han aportado contribuciones notables: «también ellos forman parte esencial de la empresa científica» (p. 226).

Los siguientes capítulos podemos considerarlos más de historia de la ciencia y sin lugar a dudas evidencian el carácter de amalgama, sincrético, de este trabajo. Nos presenta la vida y aportaciones de diversos científicos y filósofos de la ciencia: Albert Einstein, Karl Popper, incluida una entrevista con él, Thomas S. Kuhn y Nicholas Rescher.

El capítulo veinte está constituido por cuatro entrevistas a Jesús Mosterín que nos ofrecen una visión actual de su pensamiento. La obra cuenta además con una bibliografía actualizada sobre cada uno de los capítulos, el índice de nombres y el de contenidos.

Para concluir, no me resisto a señalar algún elemento crítico que, por conocido del autor, no debemos dejar pasar. La obra, en cuanto síntesis de aspectos diversos de la filosofía de la ciencia, a veces incurre en los defectos de toda síntesis simplificadora, como cuando dice que «la religión ha pretendido orientarnos acerca de cómo es la realidad en su conjunto y acerca de cómo vivir lo mejor posible, pero en la mayor parte de los casos sus orientaciones han sido formas de autoengaño» (p. 31). O también, cuando señala: «dos filosofías ideológicas con fuerte apoyo institucional (el tomismo, sostenido por la iglesia católica, y el marxismo, promovido por la Unión Soviética y los partidos comunistas) generaron un enorme volumen de publicaciones durante el siglo XX. Ambas alcanzaron también gran difusión en España y América Latina. Sin embargo, actualmente ambas están ya muertas y enterradas» (p. 32).

Esta obra se presenta como un trabajo de síntesis, de amalgama. El mismo autor, en el Prólogo señala que «algunos de los ensayos incluidos en este libro son versiones actualizadas y revisadas de artículos previamente publicados en español (como 2, 5 y 7) o en inglés (como 10, 13 y 19)» (p. 10). No obstante, reconocemos su valor y sus aportaciones. En conjunto es una buena obra de filosofía de la ciencia que nos ayuda a clarificar múltiples aspectos de esta cambiante disciplina. Escrita con un lenguaje directo, claro y en ocasiones hasta «chispeante», como cuando nos describe la «deserción» de la filosofía analítica con estas palabras: «Aunque ascender al Everest requiere buenas botas, la obsesión por las botas no debe hacernos olvidar la ascensión a la cumbre. Como un equipo de fútbol magnífico en su entrenamiento y preparación gimnástica, pero que no acude a jugar el partido; como un ejército ducho en táctica y bien ejercitado en puntería, pero que nunca llega a entrar en combate; así también los sutiles y competentes filósofos analíticos actuales con frecuencia desertan de su tarea principal» (p. 37). Aunque no aportan novedades significativas, estos trabajos de Jesús Mosterín ofrecen elementos suficientes para la reflexión y el análisis, por lo que recomiendo su lectura.

José Luis Guzón Nestar

SEGURA ROMANO, Jorge Ladis: *Despierta. Una visión indie de la economía: sobre el sistema, su disciplina y nuestra libertad*. Autoedición, Charleston, 2013. 262 pp.

¿Se puede tener hoy día una opinión libre e independiente, y en definitiva «indie», de las realidades económicas, a pesar de estar sujetas a un pensamiento único que pretende justificarse en nombre de una racionalidad científica de obligado seguimiento? ¿Resulta factible hoy día «despertar» y sobreponerse al influjo de las políticas económicas difundidas por los medios de comunicación de masas hegemónicas, sin necesidad de tener que esperar a que sean las sucesivas «crisis» las que nos permitan descubrir el auténtico rostro de las realidades económicas más cotidianas? ¿Se pueden sustraer los diversos agentes económicos, desde el ama de casa hasta el gerente de una empresa multinacional, o el gobernante político, al creciente poder simbólico de «autorrepresentación» y de «autorrealización» que les asigna de un modo halagador el propio sistema económico, cuando advierten que están siendo utilizados de un modo instrumental para fines muy mezquinos que en el fondo tampoco comparten?

A este respecto, Jorge Segura, en *Despierta*, formula un fuerte alegato en contra del actual sistema económico institucionalizado en un momento muy oportuno: la actual crisis económica ha obligado a revisar la mayor parte de los criterios estándar utilizados para valorar estas mismas realidades económicas, sin acabar de advertir un hecho previo fundamental, a saber: se ha pasado de un modelo económico liberal fuertemente consolidado que estaba basado en una sociedad conformada por unos principios o valores éticos muy estabilizados, a otra muy distinta, a saber: a una sociedad de la *autorepresentación mimetizada* o simplemente *tele-dirigida*, o más bien *Internet-dirigida* o *Google-dirigida*, que tiene a gala ofrecer una gran multiplicidad de modelos de vida muy sugestivos y en competencia entre sí, dentro de esta gran feria de las vanidades en la que se ha transformado la sociedad postmoderna, incluidas las propias actitudes aparentemente «antisistema», aunque desde su inicio se encuentra planificada hasta en los más pequeños detalles.

Evidentemente siempre caben las posturas reflexivas de distanciamiento frente a este tipo de fenómenos sociológicos que parecen avasallar al contrario, sin que haya fuerza humana que pueda detenerlos. Precisamente *Despierta* pretende suscitar en el lector este tipo de actitud, especialmente en el lector profesional culto que por formar parte del sistema productivo puede ser responsable de un gran número de este tipo de desafueros que hoy día se acaban aceptando como naturales, cuando tienen una carga manipuladora muy fuerte. Por otro lado, tampoco a estas alturas cabe la ingenuidad de esperar un futuro cambio tecnológico que pueda hacer que las cosas ocurran otra manera, cuando lo más probable es que se compliquen aún más. En este sentido *Despierta* hace una fuerte apuesta por la formación personal; deben ser los diversos usuarios de una tecnología tan competitiva como Internet o Google, desde los consumidores hasta sus gestores principales, los que conozcan las características, limitaciones y posibilidades de un producto de alto consumo que con una gran probabilidad acabará cayendo en manos del consumidor más desprotegido, salvo que previamente se prevenga de estos posible abusos.

En este sentido *Despierta* pretende ofrecer aquella formación mínima necesaria para que el consumidor medio de este nuevo *sistema económico global-dirigido* sepa afrontar los problemas más cotidianos, desde la cesta de la compra hasta la inversión en un nuevo producto financiero, sabiendo distinguir los valores permanentes de la ganga sobreañadida aportada por unas estrategias de mercado cada vez más invasivas que recurren sin ningún tipo de escrúpulos a los mecanismos más perversos para lograr sus objetivos. Se puede decir que es el viejo maquiavelismo del capitalismo ya muy conocido, sin que haya tampoco en este caso nada nueva bajo el sol. De todos modos la novedad está muy clara. Los

distintos sistemas de economía heterodoxa que se han ofrecido con posterioridad a la segunda guerra mundial han convivido a nivel de igualdad con llamados sistemas económicos ortodoxos, sin acabar de sortear el problema del determinismo que se acaba haciendo presente tanto en el individualismo liberal como en el colectivismo marxista.

Evidentemente en los últimos años ha habido cambios importantes en la ciencia económica. Como consecuencias de la actitud crítica de Popper y sus seguidores. Especialmente se ha propiciado un «giro ontológico» o cambio de paradigma, al modo de Kuhn, que ha obligado a centrar los problemas económicos en el problema de los micro-fundamentos justificando así la emergencia de una mayor complejidad a la hora de abordar los nuevos problemas generados por la globalización en el marco de los diversos sistemas macroeconómicos. Pero a pesar de haber incrementado enormemente la complejidad de los sistemas algorítmicos utilizados para tratar de procesar la información cada vez más precisa y exhaustiva suministrada por las propias herramientas informáticas, sin embargo la conclusión es clara: ninguno de estos modelos ha sabido predecir ni diagnosticar con precisión la actual crisis económica, ni mucho menos acertar con una terapia adecuada para efectivamente resolverla. De ahí que ahora se concluya con un: «El tiempo dirá si evolucionamos y despertamos». Puede parecer poco, pero es una confesión de realismo respecto de la situación en la que nos encontramos.

Todo ha propiciado el despertar de la economía «indie» en la forma como ya se ha explicado al comienzo. Es decir, una mayor valoración del papel de la persona tanto como destinatario como gestor del correspondiente sistema económico, con una conclusión muy clara: lo importante no es el sistema económico en sí, sino la formación de las personas afectadas, en la medida que saben distanciarse, valorarlo como un elemento meramente instrumental y actuar en consecuencia. Sólo así el consumidor sabrá contrarrestar las fuerte dosis de irracionalidad que con frecuencia se hacen presentes en las estrategias perversas usadas por una *sociedad de la autorepresentación mimética* fuertemente agresiva donde cada vez se hace más necesario distanciarse de los condicionamientos que imponen los sistemas persuasivos de comunicación usados por Internet o Google.

Carlos Ortiz de Landázuri